

mano al más que dudoso lector del padecimiento de algo que sólo sería divertido si estuviera equivocado. Dejemos, pues, constancia de lo objetivo, subrayado antes: el carácter principal de "acontecimiento". Seguir añadiendo cosas nos llevaría muy lejos si habláramos de la obra; fijarnos en la circunstancia, la interpretación propiamente dicha, sería reducir la

importancia del hecho fundamental al no menos interesante tema del arte de la Academia, esta vez, dirigida con seguridad por Laszlo Heltay y completada con su coro y un grupo de solistas que sirvieron eficazmente sus papeles, si bien, casi todos ellos fueron relegados de forma inevitable a segundo término por la continua excelencia de Charles Brett, cuya interpreta-

ción David es difícil de superar. Y para hablar del arte de la Academia, resulta paradójicamente más propicio el otro programa, casi de "grandes éxitos". Ninguna de las obras era precisamente desconocida; varias se las habíamos escuchado ya a la Academia, y de todas tiene ésta versiones discográficas de las llamadas "de referencia". Pero es en la recreación



Iona Brown.

de los temas favoritos donde se aprecian las excelencias de un intérprete, y la agrupación británica es tal milagro de penetración que puede decirse que funciona como un solo intérprete, especialmente, si quien la dirige es la espléndida Iona Brown; de igual forma, es en las diferencias, en las tomas de postura, aun en las audacias, en donde se aprecia la excepcionalidad de aquellos artistas que, como los músicos, han de sujetarse a lo que todos dan como prescrito. Creo firmemente que lo que destaca a unos músicos sobre otros es precisamente su capacidad de poner en entredicho tales prescripciones, en tanto de ese modo revelan lo estereotipado de los juicios de quienes sostienen a ultranza que "esto es así". Por ello, me resulta incomprensible que vengan a ser estos guardianes del orden los mismos que defienden la validez del hecho musical directo, siendo así que esa defensa a lo que lleva en última instancia es a mantener que la música es quien la interpreta. De no ser esta convicción una asunción dogmática, deberían haber destacado del concierto standard de la Academia precisamente lo más controvertido: ese Adagio que añade al "Tercer Concierto de Brandeburgo" como movimiento intermedio, y que yo siempre entiendo como un homenaje íntimo al inolvidable Thurston Dart. Confieso que el resto —Haendel, Mozart, Vivaldi en las mejores "Cuatro estaciones" que hay oportunidad de oír— me complació en tanto permitía lecturas semejantes. Sostener la validez esencial de la experiencia no es proclamar la relatividad más absoluta. Hay experiencias más completas, más enriquecedoras, más satisfactorias, que otras. Descubrir esto es empezar a "entender". ■ JOSE RAMON RUBIO.

## ADIOS A LAS LETRAS

### Entran los literatos

Antes sólo había sociólogos en el Parlamento español. En la época de Franco había directores generales, obispos, ministros y procuradores. Ahora sólo hay sociólogos, críticos de arte, novelistas cachondos y pregoneros como Camilo José Cela, y profesores de Física, como Javier Solana. Enrique Barón, que es el que más pinta tiene de novelista del antiguo realismo social, es en realidad un abogado que no lleva dinero suficiente como para pagar los derechos de aduana de los artículos que compra en el archipiélago canario.

Ahora ha entrado un nuevo literato: Fernando Morán. Se va a sentar muy cerca de Tamames. "Hola, Ramón", le dirá, pero no seguirá mucho más adelante porque Morán es un crítico muy suyo y no es capaz de cruzar veinte palabras de más con un autor que no le interesa.

Es, por otra parte, un novelista, y entre los novelistas de este país de poetas la competencia siempre ha sido muy fiera. En los plenos conjuntos, Morán buscará, con esa mirada que en seguida se retrae y se adentra en el botón del cuello de su camisa, a Camilo José Cela. Una vez descubierta la calva del sabio, Fernando Morán hará para sí la sociología literaria de "La Colmena", mientras otro literato frustrado, el sociólogo Gómez Llorente, recoge los papeles que abandona Álvarez de Miranda, quien en su destierro de Fuerteventura no fue capaz de captar y condensar la atmósfera literaria que dejó el otro gran desterrado: Miguel de Unamuno.

Cuesta intuir lo que hará un literato —novelista, sociólogo de la novela— en el estrado de un Parlamento. A este país le hacían falta diplomáticos que fueran escritores. En Latinoamérica hay una peligrosa plaga de escritores que se convierten en diplomáticos porque son amigos del Presidente de la República. Aquí, como no hay Presidente de la República, los diplomáticos no tienen necesidad de escribir para irse al extranjero. De hecho, cuando Fernando Mo-

rán estuvo en Londres lo único que podría escribir serían notitas en las que anotara las sucesivas subidas de tensión que producía Fraga Iribarne entre el vecindario. Para un novelista de su categoría de observador, aquella anécdota en la que el líder de Alianza Popular y antiguo embajador en la Corte de San Jaime le reprochaba a uno de sus colaboradores su impuntualidad debía ser una joya difícilmente olvidable.

Fraga, en realidad, no le reprochaba a su hombre que llegara tarde a la reunión cotidiana y matutina. Había llegado tres minutos antes. "Señor —comentó el gallego de los tirantes—, no sólo se es impuntual por llegar tarde: se es especialmente impuntual por llegar temprano".

Fernando Morán se trajo de Inglaterra el silencio, esa voz que en el teléfono parece una interferencia y que en seguida se apaga porque el hombre está ocupado juntando fichas para una sociología de la novela negra, azul o rosa. Es curioso que la izquierda tenga más literatos que la derecha en el Parlamento. Para contrarrestar a Gonzalo Fernández de la Mora, que era el único derechista que podía demostrar que tenía méritos suficientes para hacerse socio del Pen Club, no hacía falta que la izquierda inclinara tanto la balanza a su favor. Hasta Marcelino Camacho, que es amplio y ampuloso, como el hombre del crepúsculo de las ideologías, podría hacerle sombra a don Gonzalo.

Pero el PSOE creyó oportuno atraer hasta el escenario al mejor discípulo de Tierno Galván, como homenaje a la literatura y pensando quizá que un día, para delicia del ciudadano, éste sea un país gobernado por novelistas de mirada perdida, cejas pobladas y verbo radiante y fluido. La gente hasta ahora se creía que la literatura parlamentaria era la de Fraga. Los que ven la televisión pensaron que era la de Adolfo Suárez. Morán tiene la oportunidad de devolverle al Parlamento su literatura. ■ SILVESTRE CODAC

Fernando Morán.

Manuel Fraga.

Camilo J. Cela.



### El cuerpo que necesitas

"El Cuerpo" llamaban sobriamente a Raquel Welch sus ad-